

del invierno en Génova y sus alrededores. Después de proporcionar á su ejército algunos víveres y veinticuatro mil pares de zapatos, de los que carecía completamente, Scherer señaló el 2 frimario (23 noviembre) para emprender su movimiento. Con treinta y seis mil hombres iba á atacar á cuarenta y cinco mil; pero la buena elección del punto de ataque compensaba la desigualdad de las fuerzas. Encargó á Augereau que rechazase la izquierda de los enemigos hasta el valle de Loano; á Massena que atacara el centro en Rocca Barbenne, apoderándose de la cima del Apenino; y por último, encargó á Serrurier que contuviera á Colli, el cual formaba la derecha en la vertiente opuesta. Augereau debía operar con lentitud al rechazar la izquierda austriaca hasta el valle de Loano; Massena, por el contrario, recibió orden de avanzar rápidamente á la largo de las costas, flanqueando dicho valle para encerrar la izquierda austriaca, y Serrurier estaba encargado de engañar al enemigo con falsos ataques.

En la mañana del 2 frimario (23 noviembre 1795) el cañón francés despertó á los austriacos, que esperaban poco una batalla, y los oficiales acudieron desde Loano y Finale para ponerse á la cabeza de sus asombradas tropas. Augereau atacó con vigor, pero sin precipitación, y le contuvo el intrépido Roccavina. Este general, situado en una pequeña eminencia, en medio del valle de Loano, la defendió con tenacidad, dejóse rodear por la división Augereau y rehusó siempre rendirse. Cuando se vió arrollado, precipitóse ciegamente sobre la línea que le encerraba, y se reunió con el ejército austriaco, pasando sobre toda una brigada francesa.

Scherer, conteniendo el ardimiento de Augereau, obligóle á sostener un tiroteo delante de Loano, para no precipitar á los austriacos demasiado pronto sobre su línea de retirada. Massena, entretanto, encargado de la parte brillante del plan, franqueó con el vigor y la audacia que le distinguían en todas ocasiones las crestas del Apenino, sorprendió á Argenteau, que mandaba la derecha de los austriacos, hizole retroceder en desorden, le desalojó de todas sus posiciones, y por la noche acampó en las alturas de Melogno, que formaban el contorno del valle de Loano, cerrándole por detrás. Serrurier había tenido en jaque á Colli y toda la derecha enemiga por sus enérgicos y bien calculados ataques.

En la noche del 2, siendo el tiempo espantoso, se acampó en las posiciones ocupadas. El 3, por la mañana, Scherer continuó su movimiento; Serrurier, ya reforzado, comenzó á batir á Colli más formalmente, á fin de aislarle del todo de sus aliados; Massena continuó ocupando todas las crestas y las salidas del Apenino; y Augereau, dejando de contenerse, rechazó vigorosamente á los austriacos, cuya retaguardia se había interceptado. Desde aquel instante comenzaron su retirada con un tiempo infernal y á través de caminos espantosos. Su derecha y su centro huían en desorden por detrás del Apenino; su izquierda, encerrada entre las montañas y el mar, retirábase penosamente á lo largo del litoral, por el camino de la Cornisa. Un temporal de viento y nieve impidió que la persecución fuese tan activa como hubiera podido serlo; pero fueron el resultado de esta batalla, una de las más desastrosas para los coligados desde el principio de la guerra y una

de las mejor dirigidas por los franceses, en concepto de los militares, cinco mil prisioneros, varios miles de muertos, cuarenta cañones é inmensos almacenes.

El Piamonte quedó espantado al recibir esta noticia; Italia se creyó invadida, y sólo se tranquilizó por la estación, demasiado avanzada entonces para que los franceses continuaran sus operaciones. Considerables almacenes sirvieron para dulcificar las privaciones y penalidades del ejército. Era necesaria una victoria tan importante para reanimar los espíritus y consolidar un gobierno naciente, y fué publicada y acogida con gran regocijo por todos los patriotas.

En el mismo instante, los acontecimientos tomaban un aspecto no menos favorable en las provincias del Oeste. Habiendo aumentado Hoche el ejército que guardaba las dos Vendées hasta cuarenta mil hombres; después de establecer los puestos militares atrincheros sobre el Sevre nantés de modo que aislara á Stofflet de Charette; y cuando hubo dispersado las primeras fuerzas reunidas por este último jefe, conservando toda la costa del Marais por medio de un campamento en Soullans, estuvo en disposición de oponerse á un desembarco. La escuadra inglesa, anclada en Ile-Dieu, hallábase, por el contrario, en una posición muy triste: la isla en que la expedición desembarcó tan torpemente no presentaba sino una superficie sin abrigo, sin recurso, y tenía menos de tres cuartos de legua de extensión, no ofreciendo las orillas un anclaje seguro. Los buques estaban expuestos á todos los furioses de los vientos, sobre un fondo de rocas que cortaba los cables, y les ponía en el mayor peligro todas las noches. La costa, situada enfrente de aquella donde se trataba de desembarcar, presentaba sólo una vasta playa sin profundidad, donde las olas se estrellaban de continuo, y á la cual no podían abordar los botes, cogidos de través por las olas, sin exponerse á riesgo de zozobrar. Todos los días aumentaban los peligros de la escuadra inglesa á la par que los medios de Hoche; y hacía ya más de mes y medio que el príncipe francés se hallaba en Ile-Dieu. Rodeábanle todos los enviados de los chuanes y de los vandeos, y mezclados con su estado mayor, exponían á la vez sus ideas, tratando de hacerlas prevalecer. Todos querían tener al príncipe; pero también estaban de acuerdo en que era preciso desembarcar cuanto antes, fuera cual fuese el punto preferido.

Preciso es reconocer que gracias á esta permanencia de mes y medio en Ile-Dieu, frente á las costas, el desembarco había llegado á ser difícil, pues así éste como el paso de un río exigen que no haya largas vacilaciones que adviertan al enemigo dándole á conocer el punto amenazado. Una vez adoptada la resolución de abordar á la costa, y prevenidos todos los jefes, hubiera sido necesario que el desembarco se efectuase de improviso en un punto que permitiera mantener la comunicación con las escuadras inglesas, y al que los vandeos y los chuanes podrían llevar fuerzas considerables. Seguro es que si se hubiera bajado á la costa sin amenazarla tanto tiempo, cuarenta mil realistas de la Bretaña y de la Vendée habrían podido reunirse antes que Hoche tuviera tiempo de avanzar con sus tropas. Cuando se recuerda lo que ocurrió en Quiberón, la facilidad con que se efectuó el desembarco y el tiempo que necesitaron para reunirse las fuerzas repu-

blicanas, se comprenderá cuán fácil hubiera sido aquél, á no precederle tan largo crucero por las costas.

Así como en la expedición anterior paralizó á todos los jefes el nombre de Puisaye, el del príncipe debió reunirlos á todos, sublevando á veinte departamentos. Ciertamente los desembarcados tendrían que empeñar luego rudos combates, que hubieran debido someterse á las alternativas que Stofflet y Charette sufrían hacía tres años; dispersarse tal vez ante el enemigo, huir como partidarios, esconderse en los bosques, reaparecer, ocultarse de nuevo, y exponerse en fin á ser cogidos y fusilados. Este es el precio de los tronos.

Nada tenía de indigno sostener una lucha de guerrillas en los bosques de Bretaña ó en los pantanos y los brezos de la Vendée: un príncipe salido de estos retiros para subir al trono de sus padres no hubiera sido menos glorioso que Gustavo Wasa, que salió de las minas de Dalecarlia. Por lo demás, es probable que la presencia del príncipe hubiese despertado bastante celo en los países realistas para que un numeroso ejército, siempre presente á su lado, le permitiera intentar la gran guerra. Es muy posible también que nadie á su alrededor hubiera tenido bastante genio para batir al joven plebeyo que mandaba el ejército republicano, pero cuando menos se hubiera opuesto resistencia. Muchas veces hay bastantes consuelos en una derrota. Francisco I los encontró muy grandes en la de Pavía.

Si el desembarco era, pues, posible en el momento de llegar la escuadra, dejó de serlo después de haber permanecido mes y medio en Ile-Dieu. Los marinos ingleses declararon que no podrían aguantar el mar dentro de poco, y que era necesario tomar un partido; toda la costa del país de Charette estaba cubierta de tropas, y sólo había alguna posibilidad de desembarco más allá del Loira, hacia la desembocadura del Vilaine, ó en el país de Scepeaux, ó ya en Bretaña, donde se hallaba Puisaye; pero los emigrados y el príncipe no querían desembarcar sino donde estaba Charette, pues sólo en él tenían confianza. Ahora bien; era imposible hacerlo en esta costa: el príncipe, según el aserto de Mr. de Vauban, pidió al ministerio inglés que le llamara: el ministerio rehusó al principio, no queriendo inutilizar los gastos de la expedición; pero dejó al príncipe en libertad de adoptar el partido que gustase.

En aquel momento se hicieron todos los preparativos de marcha: redactáronse largas é inútiles instrucciones para los jefes realistas, diciéndoles que órdenes superiores impedían por el pronto un desembarco; que era preciso que MM. Charette, Stofflet, Sapinaud y Scepeaux debían entenderse para reunir una fuerza de veinticinco á treinta mil hombres más allá del Loira, fuerza que reunida con los bretones podía constituir un ejército escogido de cuarenta á cincuenta mil soldados, suficiente para proteger el desembarco del príncipe; que se designaría el punto tan pronto como se hubiesen adoptado estas medidas preliminares, y que se emplearían todos los recursos de la monarquía inglesa para secundar los esfuerzos de los países realistas. A estas instrucciones agregáronse algunos miles de libras esterlinas para cada jefe, unos cuantos fusiles y un poco de pólvora. Estos objetos fueron desembarcados por la noche en la costa de Bretaña. Habiéndose averiado las provisiones que los ingleses tenían en sus escuadras,

arrojáronlas al mar, y lo mismo hubo que hacer con los quinientos caballos pertenecientes á la caballería y artillería inglesa, pues casi todos estaban enfermos á consecuencia de una larga navegación.

La escuadra inglesa se hizo á la vela el 15 de noviembre (26 brumario), y al marchar dejó á los realistas consternados. Se les dijo que los ingleses eran los que habían obligado al príncipe á marchar; esto causó en ellos la mayor indignación, y entregáronse de nuevo á todo su odio contra la perfidia de Inglaterra. Charette fué quien más se irritó, y razón tenía para ello, porque era el más comprometido; había vuelto á tomar las armas con la esperanza de una gran expedición, de obtener medios inmensos que restablecieran la igualdad de las fuerzas entre él y los republicanos; y frustrada esta esperanza, no debió entrever ya sino una destrucción infalible y muy próxima. La amenaza de un desembarco atrajo contra él á todas las fuerzas republicanas; y esta vez debía renunciar á toda esperanza de transacción; no le quedaba otro remedio sino ser desapiadadamente fusilado, sin poder ni aun quejarse de un enemigo que tan generosamente le había perdonado ya.

Resolvió vender cara su vida, empleando sus últimos momentos en luchar con desesperación. Empeñó grandes combates para pasar á la retaguardia de Hoche, atravesar la línea del Sevre nantés, lanzarse en el país de Stofflet, y obligar á este colega á tomar de nuevo las armas; pero no pudo conseguirlo, y las columnas de Hoche le obligaron á volver al Marais. Sapinaud, á quien había comprometido á tomar las armas de nuevo, sorprendió la ciudad de Montaigú y quiso penetrar hasta Chatillón; pero vióse detenido ante ésta, derrotáronle, y hubo de dispersar sus fuerzas. No se pudo tomar la línea del Sevre, y Stofflet se vió obligado á estarse quieto detrás de ella, no teniendo tampoco intención de tomar de nuevo las armas. Veía con secreto regocijo la destrucción de un rival á quien se había cargado de títulos, habiendo intentado entregarle á él á los republicanos. Scepeaux no se atrevía á moverse aún entre el Loira y el Vilaine, y la Bretaña se hallaba enteramente desorganizada por sus discordias. La división de Morbihán, mandada por Jorge Cadoudal, se había rebelado contra Puisaye, á instigación de los emigrados que rodeaban al príncipe francés, y conservaban contra él los mismos resentimientos. Hubieran querido quitarle el mando de la Bretaña; pero sólo la división de Morbihán desconocía la autoridad del generalísimo.

En aquel estado de cosas principió Hoche la gran obra de la pacificación. Este joven general, hábil militar y político, conoció que no podía vencerse con las armas á un enemigo al que en ninguna parte se alcanzaba. Había destacado ya varias columnas volantes en persecución de Charette, pero unos soldados con armas pesadas, precisados á llevarlo todo consigo, y que no conocían el país, no podían competir en rapidez con los paisanos, que sólo llevaban su fusil, estaban seguros de hallar víveres en cualquiera parte y conocían el menor barranco y el más pequeño matorral. En su consecuencia, mandó en el acto suspender las persecuciones y formó un plan que seguido con constancia y firmeza debía devolver la paz á aquellos países desolados.

El habitante de la Vendée era campesino y soldado á la vez: en medio de los horrores de la guerra civil no

había dejado de cultivar sus campos y de cuidar sus ganados. Tenía el fusil al lado, oculto en la tierra ó debajo de la paja; á la primera señal de sus jefes acudía, atacaba á los republicanos, alejábanse á través de los bosques, volvía á sus campos, escondía de nuevo su fusil, y los republicanos hallaban sólo un campesino sin armas, en el cual no podían reconocer de modo alguno un soldado enemigo. De este modo, los vandeanos se batían, alimentábanse, y no era casi posible cogerlos. Mientras ellos tenían siempre medios para dañar al enemigo, los ejércitos republicanos, á quienes una administración arruinada no podía ya mantener, carecían de todo y hallábanse en la más horrible miseria.

No era dado hacer sentir los males de la guerra á los vandeanos sino por las devastaciones, medio que se probó durante el terror, pero excitó solamente un odio furioso sin poner término á la guerra civil.

Hoche ideó un medio ingenioso de reducir al país sin destruirle, quitándole sus armas y tomando una parte de sus subsistencias para el uso del ejército republicano. Por lo pronto persistió en el establecimiento de varios campos atrincherados, algunos de los cuales, situados sobre el Sevre, separaban á Charette de Stofflet, mientras que los otros cubrían á Nantes, la costa y las Arenas. Después formó una línea circular que, apoyándose en el Sevre y en el Loira, tendía á rodear progresivamente todo el país; componíase esta línea de puestos bastante fuertes enlazados entre sí por medio de destacamentos, de modo que no quedara un intervalo libre á través del cual pudiese pasar un enemigo algo numeroso. Los jefes de estos puestos militares tenían orden de ocupar todos los burgos y pueblos, para desarmar á los habitantes; á fin de conseguirlo, debían apoderarse de los ganados, que de ordinario pastan juntos, y del grano acumulado en las granjas; además de esto, detendrían á los vecinos más notables, y no restituirían los ganados y el grano, ni dejarían en libertad á los habitantes que hubiera en rehenes, hasta que los campesinos depusieran voluntariamente sus armas. Ahora bien; como los vandeanos tenían mucho más apego á sus granos y á sus animales que á los Borbones y á Charette, era seguro que devolverían sus armas, y para que no les engañasen los campesinos, que podían dar los fusiles malos reservándose los buenos, los oficiales encargados del desarme debían examinar los registros de los alistamientos de cada parroquia y exigir tantos fusiles como alistados. A falta de estos registros, recomendábaseles que hicieran el cálculo de la población y exigiesen un número de fusiles igual al de la cuarta parte del de hombres. Después de recibir las armas debíanse devolver fielmente los ganados y granos, excepto una parte embargada á título de impuesto, que se depositaría en almacenes formados en la retaguardia de la línea.

Hoche había mandado tratar á los habitantes con suma bondad, procediendo con la más escrupulosa exactitud en la devolución de sus ganados y granos, y particularmente de los rehenes. Había encargado sobre todo á los oficiales que hablaran con ellos, que los tratasen bien, y que á veces les enviaran á su cuartel general haciéndoles algunos regalos en granos ó diversos objetos. También prescribió las mayores consideraciones con los curas. Los vandeanos, decía Hoche, no

tienen sino un sentimiento verdadero, y es el afecto á sus sacerdotes, los cuales quieren sólo protección y reposo; asegúrenles estas dos cosas, agregando también algún beneficio, y recobramos el afecto del país.

La línea que él llamaba de desarme, debía circular la baja Vendée, avanzar poco á poco y abrazarla por fin toda entera. Tras sí dejaría el país desarmado, y hasta reconciliado con la república; y además le protegió contra la reacción de los jefes insurrectos, que de ordinario castigaban con devastaciones la sumisión á la república y la entrega de las armas. Precedían á la línea dos columnas volantes para combatir á estos jefes y cogerlos si era posible; y muy pronto, estrechándolos cada vez más, debía encerrarlos y apoderarse de ellos inevitablemente. Recomendábase la mayor vigilancia á todos los jefes de los puntos, para enlazarse siempre por medio de destacamentos é impedir que las partidas armadas pudieran atravesar la línea y encender de nuevo la guerra á retaguardia. Por mucha que fuese la vigilancia, podía suceder sin embargo que Charette y algunos de los suyos burlasen la de los puestos militares, franqueando la línea de desarme; pero aun en este caso, que era imposible, no pasarían sino con algunos individuos, é iban á encontrarse en campos desarmados, donde reinaba el reposo, la seguridad y la calma, y donde intimidaba además la vasta red de tropas que circula el país. También estaba previsto el caso de un levantamiento á retaguardia. Hoche había mandado que una de las columnas volantes marchara al punto al distrito insurrecto, y que para castigarle por no haber entregado todas sus armas, haciendo después uso de ellas, se le quitaran todos sus ganados y granos y se prendiera á todos los principales habitantes. El efecto de estos castigos era seguro, y aplicados con justicia debían inspirar, no odio, sino un saludable temor.

El proyecto de Hoche fué puesto en ejecución al instante, en los meses de brumario y frimario (noviembre y diciembre). La línea de desarme, pasando por Saint-Gilles, Legé, Montaigú y Chantonny, formaba un semicírculo, cuya extremidad derecha se apoyaba en el mar, y la izquierda en el río Lay, debiendo encerrar progresivamente á Charette en pantanos impracticables. Un plan de semejanza naturaleza podía dar buen resultado sobre todo por la destreza en la ejecución. Hoche dirigía á sus oficiales con instrucciones llenas de buen sentido y de claridad, y multiplicábase para satisfacer todos los detalles. Aquello no era ya sólo una guerra, sino una gran operación política, que exigía tanta prudencia como vigor.

Muy pronto comenzaron los habitantes á entregar sus armas y á reconciliarse con las tropas republicanas. Hoche recurría á los almacenes del ejército para proporcionar algunos auxilios á los indigentes; veía él mismo á los habitantes detenidos en rehenes, teníalos vigilados algunos días y después les dejaba irse satisfechos. A los unos les daba escarpelas, á los otros gorras de cuartel, y á veces simiente á los que no tenían para sembrar sus campos. Estaba en correspondencia con todos los curas, quienes, teniendo una gran confianza en él, revelábanle todos los secretos del país. De este modo comenzó á tener una gran influencia moral, verdadero poder con el que se debía poner término á una guerra semejante. Entretanto, los almacenes, formados detrás de la línea

de desarme, se llenaban de grano, reuníanse ganados considerables y el ejército comenzaba á vivir en la abundancia por el medio tan sencillo del impuesto y de las multas en especie.

Charette se había ocultado en los bosques con ciento ó ciento cincuenta hombres tan desesperados como él; Sapinaud, que por instigación suya había vuelto á tomar las armas, quería deponerlas por segunda vez, sin más condición que la de obtener la vida; Stofflet, encerrado en Anjou con su ministro Bernier, admitía á todos los oficiales que abandonaban á Charette y Sapinaud y trataba de enriquecerse con sus despojos. Tenía en su cuartel general de Lavoir una especie de corte compuesta de emigrados y oficiales; alistaba gente é imponía contribuciones bajo el pretexto de organizar la guardia territorial. Hoche le observaba con la mayor atención, estrechábale siempre más por medio de campamentos atrincherados, y le amenazaba con un desarme próximo, apenas hubiera un motivo de descontento.

Una expedición enviada por Hoche á Loroux, país que tenía una especie de existencia independiente, sin obedecer á la república ni á jefe alguno, causó la mayor consternación á Stofflet. Hoche no la había dispuesto sino para obtener vinos y trigo, muy abundantes en Loroux y de los que carecía entonces la ciudad de Nantes; pero atemorizado Stofflet, solicitó una entrevista de Hoche. Quería protestar de su fidelidad al tratado, interceder por Sapinaud y por los chuanes, hacerse en cierto modo intermediario de una nueva pacificación, y asegurar por este medio la continuación de su influencia. También deseaba sondear las intenciones de Hoche respecto á su persona. Hoche le dió á conocer las quejas de la república; significóle que si daba asilo á todos los bandoleros, que si continuaba reuniendo hombres y dinero por vía de impuesto y si no se contentaba con ser el jefe interino de la policía de Anjou, empeñándose en desempeñar el papel de príncipe, iba á prenderle en el acto y á desarmar después su provincia. Stofflet prometió la mayor sumisión y retiróse muy atemorizado sobre su porvenir.

Hoche tenía por el momento otras dificultades mayores que vencer: había agregado á su ejército una parte de los dos de Brest y de Cherburgo; y estos refuerzos, facilitados en vista del inminente peligro de un desembarco, hicieron subir á cuarenta y cuatro mil hombres las tropas reunidas en la Vendée. Los generales que mandaban los ejércitos de Brest y Cherburgo reclamaban ahora el contingente que prestaron, y el Directorio parecía apoyar su petición. Hoche escribió diciendo que la operación que acababa de comenzar era de las más importantes; que si le retiraban las tropas que había dispuesto como una red alrededor del Marais, la sumisión del país de Charette y el aniquilamiento de este jefe, que estaban muy próximos, se prolongarían indefinidamente; que era mejor concluir lo que estaba tan adelantado, antes de pasar á otra parte; y que después se apresuraría á devolver las tropas prestadas, facilitando también las suyas al jefe que mandaba en Bretaña, para aplicar el procedimiento cuyo feliz resultado se experimentaba ya en la Vendée. El gobierno, penetrado de las razones de Hoche y teniendo una gran confianza en él, llamóle á París para aprobar todos sus planes, confiándole el mando de los ejércitos de

la Vendée, de Brest y de Cherburgo. Fué llamado á fines de frimario para concertar con el Directorio las operaciones que debían poner término á la más calamitosa de todas las guerras.

Así concluyó la campaña de 1795. La toma de Luxemburgo, el paso del Rhin, las victorias en los Pirineos, seguidas de la paz con España, y el aniquilamiento del ejército emigrado en Quiberón, señalaron su principio y su mitad; el fin fué menos feliz. La vuelta de los ejércitos al Rhin, la pérdida de las líneas de Maguncia y de una parte de territorio al pie de los Vosgos, obscurecieron un momento el brillo de nuestros triunfos; pero la victoria de Loano, abriéndonos las puertas de Italia, restableció la superioridad de nuestras armas; mientras que los trabajos de Hoche en el Oeste comenzaron la verdadera pacificación en la Vendée, tan á menudo anunciada inútilmente.

La coalición, reducida á Inglaterra y Austria y á varios príncipes de Alemania é Italia, agotaba sus esfuerzos, y hubiera pedido la paz á no ser por sus últimas victorias en el Rhin. Clerfayt adquirió una reputación inmensa, y creyóse al parecer que la próxima campaña se inauguraría en el seno de nuestras provincias del Rhin.

Pitt, que necesitaba subsidios, convocó un segundo Parlamento en otoño para exigir nuevos sacrificios, y el pueblo de Londres invocaba siempre la paz con la misma obstinación. La sociedad llamada de correspondencia se había reunido al aire libre, votando los informes más atrevidos y amenazadores contra el sistema de la guerra y pidiendo la reforma parlamentaria. Cuando el rey se dirigió al Parlamento, su coche fué apedreado, rompiéronse los cristales y hasta se creyó que le habían disparado un tiro con una escopeta de viento. Al atravesar Pitt á caballo por las calles de Londres, reconoció el pueblo, le persiguió hasta su palacio y le llenó de barro. Fox y Sheridan, más elocuentes que lo habían sido nunca, tenían rigurosas cuentas que pedir. La Holanda conquistada, los Países Bajos incorporados á la república francesa, su conquista definitiva asegurada en cierto modo por la toma de Luxemburgo, las sumas enormes gastadas en la Vendée, y los desgraciados franceses expuestos inútilmente á ser fusilados, eran graves cargos contra la habilidad y la política del ministerio. La expedición de Quiberón excitó sobre todo la indignación general. Pitt quiso excusarse diciendo que la sangre inglesa no había corrido. «No, contestó Sheridan con una energía que es difícil traducir; no, la sangre inglesa no se ha derramado, pero se ha vertido el honor inglés por todos los poros.» Pitt, tan impasible como de costumbre, recordó todos los sucesos de aquel año, desgracias á que se debe estar preparado cuando se recurre á la suerte de las armas; pero hizo valer mucho las últimas victorias de Austria sobre el Rhin, y exageró en extremo su importancia, así como las ventajas que resultaban para tratar con los franceses. Según costumbre, sostuvo que nuestra república tocaba al término de su poderío; que una bancarrota inevitable iba á precipitarla en una confusión é impotencia completas; que se había conseguido al sostener la guerra un año más reducir al enemigo común á la extremidad, y acabó prometiendo solemnemente que si el gobierno francés parecía consolidarse y tomar una forma regular, se apro-

vecharía la primera ocasión para negociar con él. Después pidió un nuevo empréstito de tres millones de libras esterlinas y leyes represivas contra la prensa y las sociedades políticas, á las cuales atribuía los ultrajes inferidos al rey y á su persona. La oposición le contestó que las supuestas victorias sobre el Rhin eran sólo de algunos días; que las derrotas en Italia acababan de destruir el efecto de las victorias obtenidas en Alemania; que aquella república, acosada siempre, renacía más vigorosa al principio de cada campaña; que los asignados se habían perdido hacía mucho tiempo, terminando su servicio; que los recursos de Francia estaban en otra parte; que si esta nación se extenuaba, antes se agotaría la Gran Bretaña; y que la deuda, aumentada diariamente, era ruinosa, amenazando aniquilar muy pronto los tres reinos. En cuanto á las leyes sobre la prensa y sobre las sociedades políticas, Fox declaró en un transporte de indignación que si se adoptaban, no quedaba al pueblo inglés más recurso que la resistencia, y que consideraba esto último, no ya como una cuestión de derecho, sino de prudencia. Este modo de proclamar el derecho de insurrección excitó un gran tumulto, el cual terminó aprobándose las demandas de Pitt, quien obtuvo el nuevo empréstito y las medidas represivas, prometiendo en cambio entablar negociaciones cuanto antes. Las sesiones del Parlamento se prorrogaron hasta el 2 de febrero de 1796 (13 pluvioso, año IV).

Pitt no pensaba de ningún modo en la paz; sólo quería hacer demostraciones para satisfacer la opinión y apresurar el resultado de su empréstito.

La posesión de los Países Bajos por Francia le hacía insoportable toda idea de paz. Prometiéndose, en efecto, aprovechar el instante para entablar una negociación simulada, ofreciendo condiciones inadmisibles de todo punto.

Para satisfacer al Imperio, que reclamaba la paz, Austria hizo proposiciones por medio de Dinamarca; esta potencia pidió en nombre de Austria al gobierno francés la formación de un congreso europeo, á lo cual contestó éste, y con razón, que un congreso imposibilitaría toda negociación, porque sería preciso conciliar demasiados intereses; que si Austria quería la paz, bastábale hacer directamente la proposición; que Francia quería tratar individualmente con todos sus enemigos y entenderse con ellos sin intermediario. Esta contestación era razonada, porque un congreso complicaba la paz con Austria, con Inglaterra y el Imperio, haciéndola imposible; pero por otra parte, Austria no deseaba otra respuesta, pues no quería negociar, porque habiendo perdido mucho, esperaba demasiado de sus últimos triunfos para consentir en deponer las armas. En su consecuencia trató de reanimar el valor del rey del Piamonte, atemorizado por la victoria de Loano, y prometió para la campaña siguiente un ejército numeroso y otro general. Clerfayt fué recibido con los honores del triunfo al entrar en Viena; el pueblo quiso tirar de su coche, y agregáronse los favores de la corte á las demostraciones del entusiasmo popular.

Así concluyó para toda la Europa la cuarta campaña de aquella guerra memorable.

CAPÍTULO II

Continúan los trabajos administrativos del Directorio. — Los partidos se pronuncian en el seno del cuerpo legislativo. — Institución de una fiesta aniversario del 21 de enero. — Vuelta del ministro de la Guerra Beurnonville y de los representantes Quinette, Camús, Banca, Lamarque y Drouet, entregados al enemigo por Dumouriez. — Descontento de los jacobinos. — Diario de Babeuf. — Institución del ministerio de policía. — Nuevas costumbres. — Apuros de la hacienda. — Creación de los bonos. — Conspiración de Babeuf. — Situación militar. — Planes del Directorio. — Pacificación de la Vendée. — Muerte de Stofflet y de Charette.

El gobierno republicano quedaba consolidado por los acontecimientos que acababan de terminar la campaña. La Convención, agregando la Bélgica á Francia y comprendiéndola en el territorio constitucional, había impuesto á sus sucesores la obligación de no pactar con el enemigo sino con la condición de conservar la línea del Rhin. Necesitábanse nuevos esfuerzos y una nueva campaña, más decisiva que las anteriores, para obligar á la casa de Austria y á Inglaterra á consentir en nuestro engrandecimiento. Para conseguir esto, el Directorio trabajaba enérgicamente en completar los ejércitos, reorganizar la hacienda y reprimir las facciones.

Ponía el mayor cuidado en la ejecución de las leyes relativas á los jóvenes quintos, obligando á éstos con el mayor rigor á incorporarse á los ejércitos. Había mandado anular toda clase de excepciones, formando en cada cantón comisiones de médicos á fin de juzgar los casos de inutilidad. Muchos jóvenes, introduciéndose en las administraciones, saqueaban á la república, mostrando la intención más depravada, y diéronse las órdenes más severas para no admitir en las oficinas sino á los hombres que estuvieran fuera de la quinta. La hacienda llamaba sobre todo la atención del Directorio, que hacía recaudar con suma actividad el empréstito forzoso de seiscientos millones; mas era preciso esperar el ingreso, el producto de la enajenación de los bosques nacionales, la venta de bienes de trescientas hanegadas y el cobro de los impuestos atrasados. Entretanto debíase atender á los gastos, que por desgracia se acumulaban todos á la vez, porque la instalación del nuevo gobierno se verificó precisamente en la época para la cual se habían aplazado todas las liquidaciones, y porque en el invierno se debían hacer los preparativos de la campaña. A fin de anticipar la época de todos estos ingresos, vióse el Directorio en la precisión de apelar al recurso que se le dejó, los asignados; pero ya se habían emitido en un mes de doce á quince mil millones para obtener algunos en metálico, y era llegado el caso de que ya no los aceptasen en ninguna parte. Entonces trató de poner en circulación un papel corriente y á corto plazo, que representase los ingresos del año, como se hace en Inglaterra con los bonos de la administración de hacienda, y como hacemos nosotros hoy con los bonos reales. En su consecuencia emitió con el nombre de pagarés títulos al portador

contra la tesorería, pagaderos con el numerario que debía ingresar continuamente, bien fuera por el empréstito forzoso, que en Bélgica se exigía en metálico, ó ya por las aduanas, ó por los primeros contratos celebrados con las compañías que se encargaban de la explotación de los bosques. Emitió primeramente por valor de treinta millones de estos pagarés, y en breve los aumentó á sesenta con los auxilios de los banqueros.

No estando ya prohibidas las compañías de hacienda, pensó en utilizarlas para la creación de que carecía e crédito, sobre todo en un momento en que parecía que todo el metálico había salido de Francia. El Directorio formó una compañía, y propuso ceder cierta cantidad de bienes nacionales que sirvieran de capital á este banco, el cual debía emitir billetes, con tierras por garantía, pagaderos á la vista como todos los de tales establecimientos, debiendo prestar al Estado una suma proporcionada á la cantidad de los bienes recibidos en fianza. Según vemos, este era otro método de hacer producir los bienes nacionales, empleando en vez de los asignados los billetes de banco.

El éxito era poco probable; pero en su desgraciada situación, el gobierno se valía de todo, y tenía motivo para hacerlo. La operación más meritoria fué la de suprimir las raciones, devolviendo las subsistencias al comercio libre. Ya se ha visto qué esfuerzos costaba al gobierno encargarse él mismo de hacer llevar los granos á París y qué gastos resultaban para el tesoro, el cual los pagaba en efectivo, dándolos después al pueblo de la capital por valores nominales. Apenas se reintegraba de la ducentésima parte del gasto; y así es que puede decirse que la república alimentaba casi á toda la población de París.

El nuevo ministro de la Gobernación Benezec, que había comprendido el inconveniente de este sistema, opinando que las circunstancias permitían renunciar á él, aconsejó al Directorio que tuviese valor para ello. El comercio comenzaba á reponerse, los granos reaparecían en la circulación, el pueblo pedía sus jornales en numerario, y érale posible satisfacer el precio del pan, que pagado en dinero no dejaba de ser módico. En su consecuencia, el ministro Benezec propuso al Directorio suprimir la distribución de raciones, que no se pagaban sino en asignados, conservándolas sólo para los indigentes, rentistas ó empleados cuyo sueldo anual no excediese de tres mil francos; pero excepto estas tres